

**Capítulo general**  
**Orden Franciscana Seglar**  
**19 de noviembre de 2021**

¡Los saludo a todos con un cordial Paz y Bien!

El evangelio de hoy nos lleva a la famosa escena de Cristo en el templo, cuando expulsa a los vendedores, a los comerciantes. Jesús no quiere que la casa de Dios se convierta en un mercado. Lo hace con dureza, con un gesto tan fuerte que despertará la ira de los sacerdotes y escribas, que decretan su muerte. Hoy estas palabras están dirigidas a nosotros, y de las palabras de Jesús pronunciadas con tanta pasión, encontramos la fuerza para estar en el mundo como discípulos del Evangelio, como verdaderos franciscanos.

El Templo es un lugar y un signo de la presencia de Dios entre la gente y, por tanto, nuestra relación con el "Templo" dice algo sobre nuestra relación con Dios pero también sobre la relación que tenemos con la historia, con los demás, con nuestro país, con el mundo.

Por lo tanto, todo está conectado: nuestra relación con Dios no solo tiene valor en sí misma: es un mensaje para el mundo. El "mensaje" que damos al mundo habla de cuánto hemos entendido el Evangelio. El mensaje que damos al mundo es la posibilidad que el mundo puede tener de conocer el Evangelio, que es el proyecto de amor de Dios para nosotros.

Podemos establecer una directa relación entre el Templo de Jerusalén y nuestro templo, nuestras Iglesias, nuestras comunidades, y está bien: estamos llamados a la santidad, no al mercado. Estamos llamados a la oración, no a la especulación.

Pero el "Templo" también indica otras cosas: el estilo de nuestra relación con Dios tiene consecuencias en nuestra relación con el mundo. Para nosotros los franciscanos, la relación con el Templo es un signo del estilo con el que estamos insertos, no solo en la parroquia, sino principalmente en la sociedad.

Dios no se puede transformar en a una especie de mercado, ni de favores, ni de placeres, ni de comodidades. Esto ofrecería al mundo una idea horrible de Dios y del franciscanismo. Dios no puede reducirse a un mero producto de mercado. Nuestra fe nos lleva a tener una identidad profunda: una forma profunda de estar en el mundo y para el mundo.

Jesús nos habla con fuerza y convicción porque quiere que optemos por lo esencial como fundamento de nuestra vida; que tenemos como base de la vida la autenticidad, una existencia auténtica, y no una existencia egocéntrica.

El Papa Francisco les pidió hace unos días ser «parte de la Iglesia saliente, dando testimonio del Evangelio con una vida sencilla, y trabajando por la justicia, las misiones, la ecología integral».

En efecto, reiteró que «es precisamente esta misión y vocación la que les proporcionará la linfa de el llamado universal a la santidad... Una santidad que implica la conversión del corazón a Cristo, que nos convierte en verdaderos penitentes. Hombres y mujeres comprometidos a vivir en el mundo según el carisma franciscano».

El Papa subraya que «la vocación del franciscano seglar es ante todo vivir el Evangelio sine glossa en el mundo», y que este vivir en el mundo es "salir a las periferias existenciales de hoy, y allí hacer que la palabra del Evangelio resuene "con el estilo de la cercanía, la compasión, la ternura de Dios».

También los llamó a «ser hombres y mujeres de esperanza, comprometidos a vivirla y también organizarla, plasmándola en situaciones concretas de la vida cotidiana, las relaciones humanas, el

compromiso social y político; alimentando la esperanza del mañana aliviando el dolor de hoy, siendo artesanos de la justicia y la paz».

Por tanto, queda claro que el llamado que el Señor nos hace en nuestra vocación específica es la de vivir y dar testimonio de Cristo en el gran templo del mundo. El Señor no nos llama ni a encerrarnos en las sacristías, ni a transformar el mundo en una gran sacristía. Nos llama a vivir en la fe y por la fe para generar un humanismo cristiano, un humanismo fraterno.

Si usáramos nuestra vocación franciscana solo para sentirnos bien, sería como hacer un mercado en el Templo. Es decir, hacer que la presencia de Dios en la historia se convierta en solo un paso para levantarnos, para conseguir algo justo para nosotros. En cambio, somos "para el mundo".

Ciertamente que en el Evangelio encontramos nuestro consuelo, pero esto es otra cosa: es una cuestión de sentido: el Evangelio es el sentido profundo de nuestra existencia. Pero a través de nosotros este Evangelio se convierte en una buena noticia para el mundo y denuncia todo lo que en el mundo conduce al pecado, la deshumanización, la contaminación, la injusticia, la muerte.

Que este Capítulo sea un signo de esperanza para nosotros los franciscanos, específicamente para ustedes, los franciscanos seculares. Pero la esperanza no es ser más fuerte ni más importantes, sino más significativos para nosotros, para la Iglesia y para el mundo, sediento de autenticidad.

La vida de penitencia no es vivir fuera del mundo sino vivir en el mundo y para el mundo, es decir, para que el mundo conozca a Cristo y para que toda la creación refleje lo más posible la Nueva Creación que conocemos en la fe.

Deseo todo lo mejor al Ministro general recién reelegido, al nuevo Consejo y a todas las fraternidades del mundo, para que ustedes sean siempre testigos del Evangelio.



Fray Carlos A. Trovarelli  
Ministro General OFMConv